



PERCONTARI

Año 3 • Nº 11 • Santa Cruz de la Sierra, Bolivia • noviembre 2016

La utopía

Revista del Colegio Abierto de Filosofía

Colegio Abierto de Filosofía

Percontari es una revista del
Colegio Abierto de Filosofía.

*Filosofar significa estar en
camino. Sus preguntas son más
esenciales que sus respuestas y
toda respuesta se convierte en
nueva pregunta.*

Karl Theodor Jaspers

Dirección

Enrique Fernández García

Consejo Editorial

H. C. F. Mansilla

Roberto Barbery Anaya

Blas Aramayo Guerrero

Alejandro Ibáñez Murillo

Andrés Canseco Garvizu

Ilustración

Juan Carlos Porcel

Artista Invitado

Renate Hollweg Urizar

Seguimiento editorial



Gente de Blanco

DL: 8-3-39-14

facebook.com/
colegioabiertodefilosofia
revistapercontari@gmail.com
revistapercontari.blogspot.com

Con el apoyo de:



Instituto de Ciencia, Economía,
Educación y Salud

Contenido

Luces y sombras de las utopías	5
H. C. F. Mansilla	
La doble faz de un santo	8
Tomás Abraham	
Sobre utopías y distopías	13
Julio Cole Bowles	
La libertad y la política	22
Fernando Mires	
Esperanza y elección, rastros humanos para la utopía	29
Andrés Canseco Garvizu	
Amor y esperanza en el diario de Francisco	31
Juan Marcelo Columba-Fernández	
Utopías artificiales	34
Juan Carlos Porcel	
Política y utopía en la posmodernidad	36
Gustavo Pinto Mosqueira	
El miedo, guía de construcción de las utopías del individuo	38
Carolina Pinckert Coimbra	
Adam Smith y la utopía platónica	56
Marco Antonio Del Río Rivera	
Utopías modernas	59
José Nostas Raldes	
Construyendo un castillo de naipes	63
Mario Mercado Callaú	
Crítica de la razón utópica	66
Emilio Martínez Cardona	
Utopía de un hombre que está cansado	70
Roberto Barbery Anaya	
Decadencia y atomización de utopías	71
María Claudia Salazar Oroza	



Sobre utopías y distopías

(con comentarios sobre una
novela distópica moderna)

Julio Cole Bowles

VERSHININ: Soñemos un poco... Por ejemplo, sobre la vida que habrá después de nosotros, dentro de doscientos años o trescientos...

TUZENBACH: ¿Por qué no?... Tal vez volaremos en globos. Cambiarán los estilos de los chalecos, se descubrirá un sexto sentido, quizá... Pero la vida seguirá siendo igual— feliz, llena de misterios, y difícil... Dentro de mil años los hombres seguirán quejándose: “¡Ah, que dura es la vida!” Pero seguirán temiendo a la muerte, y no querrán morir.

ANTÓN CHÉJOV, *Las tres hermanas* (1901), Acto II.

Utopía es una palabra inventada hace 500 años por Tomás Moro, quien acopló las palabras en griego para “no” y “lugar” para denotar la idea de un lugar imaginario o inexistente, y también aprovechó la homofonía con “eu-topía” (buen lugar) para sugerir este doble aspecto del concepto: en toda la literatura subsiguiente la idea de utopía se asocia con el empleo de lo imaginario o ficticio para proyectar un ideal.

En el lenguaje coloquial el término tiende a tener connotaciones peyorativas, cuando se rechaza una idea o propuesta como “utópica”, al considerarse imposible o poco práctica. Muchas veces se usa en este sentido incluso cuando la propuesta carece de connotaciones idealistas. En estas situaciones el uso del término equivale a una simple expresión de pesimismo o escepticismo (pesimismo que muchas veces es refutado por el paso del tiempo y la evolución histórica).

A veces este escepticismo es expresado por los propios proponentes de la idea que se describe como utópica. Adam Smith, por ejemplo, en 1776, propuso el libre comercio como la base para una política económica óptima, aunque no

era optimista en cuanto a la factibilidad política de sus propuestas:

“Esperar que en la Gran Bretaña se establezca enseguida la libertad de comercio es tanto como prometerse una *Oceana o una Utopía*. Se oponen a ello, de una manera irresistible, no sólo los prejuicios del público, sino los intereses privados de muchos individuos” (*La riqueza de las naciones*, Libro IV, Cap. II; las itálicas son nuestras).

El tiempo, sin embargo, desmintió esta predicción, ya que en el siglo XIX, sólo pocas décadas después de la muerte de Smith, Gran Bretaña adoptó con éxito el modelo smithiano, lo que la llevó al liderazgo económico mundial.

* * *

Algunos estudiosos del tema piensan que los antecedentes de la tradición utópica son las fábulas y leyendas de una Edad de Oro o de un Paraíso Perdido. En estas historias, el ideal de un estado de armonía se proyecta a un pasado

mítico (a diferencia de las utopías modernas, que tienden a proyectarse a un futuro muy distante) y se concibe un estado de felicidad rústica en la que los hombres llevaban vidas simples, sin las artificialidades de la civilización y las corrupciones que ésta conlleva.

Por otro lado, un elemento común a estas fábulas y mitos (que resurgen cada vez que el desencanto con la civilización llega a un grado crítico) es que este estado de armonía original es algo que ya no se puede recuperar. Expresan un anhelo de paz universal, pero también un sentido de inocencia perdida, de nostalgia y añoranza por algo precioso que se perdió para siempre.

A veces este sentido de nostalgia, con ciertos elementos de proyección utópica, se percibe incluso en descripciones de épocas que corresponden a un pasado no-mítico. Cuando esto sucede, las descripciones casi siempre dicen más sobre los sesgos del historiador que de las realidades históricas retratadas. Edward Gibbon, por ejemplo, describió la época de los emperadores Antoninos como la de una felicidad y prosperidad inigualadas en toda la historia humana:

“Si a un hombre le preguntaran cuál fue el período de la historia del mundo durante el cual la condición de la raza humana fue más feliz y próspera, nombraría, sin duda alguna, el que inicia con la muerte de Domiciano y concluye con la accesión de Cómodo” (*History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, 1776, vol. 1, Cap. III, parte 2).

Gibbon seguramente se refería a la clase privilegiada en la Roma antigua, y es muy dudoso que la condición de la gran mayoría de la población –los campesinos, los proletarios y los esclavos– haya sido realmente muy próspera y feliz, o de que hayan disfrutado mucho de la vida en esa supuesta época dorada. A lo largo de la mayor parte de la historia humana, las masas anónimas sólo figuran como víctimas de guerras y hambrunas, y como sumisos peones de la clase dominante. Lo que ha quedado son los monumentos –las pirámides y los grandes templos– erigidos para honrar a los mandamases de turno, pero en realidad sabemos muy poco (casi nada) sobre cómo vivían, y mucho menos

cómo se sentían, los infortunados esclavos que los construyeron.

En la actualidad, ciertos movimientos político-sociales de carácter utópico no tienen realmente una orientación futurista, sino que más bien pretenden recuperar de alguna forma los valores asociados a una época del pasado remoto, esperando de este modo recuperar también los aspectos positivos que se asocian en el imaginario con esos valores y con ese tiempo pasado. El yihadismo islámico que busca establecer un califato universal basado en la ley *sharia* es un utopismo de este tipo.

* * *

Otra corriente de literatura utópica se origina en teorías de la historia que prevén progreso incesante y un futuro perfecto como resultado de innovaciones tecnológicas o de fuerzas históricas irresistibles. En esta tradición concurren autores muy diversos, como Condorcet, Hegel, Spencer y Marx (aunque Karl Marx protestaría su inclusión en esta categoría, ya que él mismo caracterizaba como “utópicos”, en sentido despectivo, a todos los socialistas que le precedieron, reservando el apelativo de “científico” para su propia versión de socialismo). La famosa tesis de Francis Fukuyama sobre “el fin de la historia” es una versión moderna de este tipo de proyección: su visión de la democracia liberal como etapa final del desarrollo histórico de la humanidad refleja una ideología muy diferente a la de Marx, pero ambos autores comparten una fuerte influencia hegeliana.

Entre los utopistas tecnológicos, el marqués de Condorcet, sin duda, merece un lugar de honor. Al parecer, era un optimista incurable: compuso su *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain* (Esbozo para un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano, 1794) durante los seis meses que estuvo escondido, luego de haber sido condenado, *in absentia*, a morir en la guillotina acusado de traición a la Revolución francesa. (Murió en prisión, poco después de su captura y arresto.) Aun estando en esta situación desesperada, su optimismo respecto del futuro humano era indestructible: como resultado del progreso científico y el desarrollo moral de la humani-

dad, en el futuro desaparecerían los conflictos y las desigualdades de raza y género, asimismo las diferencias entre intereses públicos y privados, y se establecería una lengua universal, los frutos de la tierra se multiplicarían inmensamente y se lograría la conquista de todas las enfermedades. Similares visiones de un futuro utópico fueron publicadas en Inglaterra por un contemporáneo del marqués, William Godwin, quien también proclamó la certeza del progreso y la perfectibilidad ilimitada de la condición humana.

En la historia intelectual un fenómeno recurrente es que el planteo de nuevas ideas (o el redescubrimiento o replanteo de ideas o visiones antiguas) casi invariablemente genera, como reacción, un rechazo de las mismas y el desarrollo de tesis contrarias. En el caso de las optimistas visiones de Godwin y Condorcet esta reacción dialéctica provino de la pluma del economista inglés Thomas Malthus, quien desarrolló sus teorías acerca de las consecuencias nefastas de la sobrepoblación precisamente como una crítica de estas ideas que tanto habían fascinado a su padre, Daniel Matlhus.

Malthus criticó con particular intensidad la noción, planteada tanto por Godwin como por Condorcet, de que en el futuro la duración de la vida humana se prolongaría indefinidamente. A este respecto, Malthus, devoto cristiano, observó con mucha perspicacia que la inmortalidad es el anhelo de personas que quieren rechazar a Dios, pero sin renunciar a la vida eterna:

“No puedo abandonar este tema sin hacer notar que estas conjeturas de los señores Godwin y Condorcet respecto a la prolongación indefinida de la vida humana, son, en realidad, un curioso ejemplo del vehemente deseo de inmortalidad que siente el alma. Ambos señores han rechazado la luz de la revelación, que promete, de manera absoluta, la vida eterna en otro estado. Han rechazado también la luz de la religión natural, que ha descubierto la futura existencia del alma a las inteligencias más preclaras de todos los tiempos. Sin embargo, la idea de la inmortalidad es tan atractiva para la mente humana que no pueden avenirse a arrojarla de sus sistemas” (*Ensayo sobre el principio de la población*, 1798, Cap. 12).

A 200 años de estas polémicas, podríamos decir que la evidencia favorece a Malthus, en el sentido de que aún no sabemos cómo postergar la muerte indefinidamente, aunque también hay que admitir que Malthus subestimó las posibilidades prácticas de prolongar la longevidad humana: la enorme extensión en la esperanza de vida promedio que se ha dado en los últimos dos siglos (incluso en los países más pobres del mundo) hubiera sido considerada como una genuina utopía por Malthus y sus contemporáneos.

En el caso de Godwin, otra vertiente de crítica al utopismo tecnológico proviene del aporte de su hija, Mary, casada con el famoso poeta Shelley. Mary Shelley fue la autora de *Frankenstein* (1818), la novela que simboliza la idea de que el progreso tecnológico es en realidad un arma de doble filo que acarrea beneficios, pero también consecuencias imprevisibles, y que el hombre, al rebelarse contra las restricciones impuestas por la naturaleza, bien podría perder el control de su propia creación y ser castigado por ella.

El utopismo tecnológico contemporáneo cifra sus esperanzas mayormente en la tecnología informática, y concretamente en las posibilidades de la llamada *inteligencia artificial*. Su profeta más destacado es Ray Kurzweil, el conocido futurista y gurú tecnológico, quien pronostica una fecha específica (el año 2045) para el inicio de una nueva era en la historia humana. Para este moderno Condorcet, ese sería el momento en que ocurrirá lo que él y sus seguidores denominan “la Singularidad”: la invención de una máquina super-inteligente, capaz de reproducirse y de *mejorarse*, generando una incontrollable reacción en cadena de ciclos de mejoramiento exponencial y causando de este modo una explosión de inteligencia que dejará muy atrás a los seres humanos.

Kurzweil y sus seguidores contemplan esta posibilidad como algo muy positivo, aunque para muchos comentaristas no ha pasado inadvertido que la famosa “singularidad” —con máquinas capaces de rediseñarse y auto-mejorarse recursivamente, escapando así al control humano— bien podría convertirse en un momento Frankenstein. (El propio Kurzweil reconoce

que es imposible predecir cómo será la vida humana después de la Singularidad.)

No es una inquietud nueva. El término “singularidad”, al parecer, ya había sido empleado a mediados del siglo pasado, y en este mismo contexto, por el gran matemático John von Neumann⁸. Poco después, otro matemático, el británico I. J. Good, especuló sobre la posibilidad de una “explosión de inteligencia”:

“Definamos una máquina ultra-inteligente como una máquina que sobrepasa todas las actividades intelectuales de cualquier hombre, por más inteligente que éste sea. Puesto que el diseño de máquinas es una de estas actividades intelectuales, una máquina ultra-inteligente podría diseñar máquinas aún mejores; habría incuestionablemente una ‘explosión de inteligencia’, y la inteligencia humana se quedaría muy atrás. Por tanto, la primera máquina ultra-inteligente es la última invención que tendría que hacer el ser humano, siempre y cuando la máquina sea lo suficientemente dócil como para decirnos cómo mantenerla bajo control”⁹.

Dado que la “docilidad” de estas máquinas no es algo que pueda garantizarse *ex ante*, no hace falta ser un “luddita” anti-técnico para sentir por lo menos cierto grado de recelo ante la posibilidad de un mundo “post-humano” en un futuro no tan lejano. Ya hay personas muy prominentes en el ámbito científico y tecnológico que han expresado preocupación ante la incertidumbre y los posibles peligros que se avecinan (entre ellos se destacan Elon Musk, Stephen Hawking y Bill Gates, para citar sólo a tres individuos muy conocidos).

8 “Una [de nuestras] conversaciones se centró en el cada vez más rápido progreso tecnológico y los cambios en el modo de la vida humana, lo que da lugar a pensar que se acerca alguna singularidad esencial en la historia de la raza [humana], más allá del cual los asuntos humanos, tal como los conocemos, no podrían continuar” (Stanislaw Ulam, «John von Neumann, 1903-1957», *Bulletin of the American Mathematical Society*, vol. 64, 1958).

9 «Speculations Concerning the First Ultra-intelligent Machine», *Advances in Computers*, vol. 6, 1965. Quizá no sea irrelevante mencionar que Good fue contratado como consultor por el director de cine Stanley Kubrick durante la filmación de su famosa película *2001: Odisea del espacio*. Sabemos cómo termina *esa* historia de interacción entre humanos y máquinas inteligentes.

A este respecto (pero en otro contexto), Friedrich Engels una vez comentó lo siguiente: “La gente que alardeaba de haber hecho una revolución se veía siempre, al día siguiente, que no tenían idea de lo que estaban haciendo, que la revolución hecha no se parecía en lo más mínimo a la que les hubiera gustado hacer” (carta a Vera Zasulich, 23 de abril, 1885). Esta observación no sólo es válida para el caso de las revoluciones políticas –también se aplica a las revoluciones tecnológicas–. Que “las ideas tienen consecuencias” es una frase que no se cansan de repetir los ideólogos de toda estirpe, y sin duda es cierto, pero no siempre son las consecuencias que deseamos o anticipamos. La utopía se puede convertir en distopía.

En el siglo XX se acuñó el término *distopía* para describir, por oposición a las utopías, sociedades igualmente ficticias o imaginarias, pero con características negativas o indeseables. Si la utopía es el sueño de un mundo mejor, la distopía es una visión del futuro como pesadilla: lo que los autores de estas ficciones proyectan son situaciones horribles y repelentes, pero que podrían concebiblemente materializarse como resultado de alguna catástrofe cósmica, o como efecto acumulado de tendencias que ya se observan en el mundo actual.

En el primer caso, se plantean escenarios “post-apocalípticos” que comienzan con el colapso de la civilización. El agente destructivo podría ser un holocausto nuclear o alguna gran catástrofe natural, como ser el cambio climático o la propagación de una epidemia incontrolable. Los detalles del cataclismo son sólo incidentales y el tema central es la desintegración de las instituciones sociales y de los mecanismos de control social, y el surgimiento de nuevos liderazgos, una nueva cultura y un nuevo sistema social. Un clásico ejemplo de este género es la novela *A Canticle for Leibowitz* (1959), de Walter M. Miller.

(Un mundo post-apocalíptico es también una premisa favorita en muchas películas de Hollywood, aunque en este caso el escenario y las condiciones que lo originan usualmente sólo

son un pretexto para realizar un gran despliegue de efectos especiales, con muchas secuencias de explosiones y fantásticas persecuciones. Ejemplos notables de este género son la serie de películas de *Mad Max* y sus numerosos imitadores.)

El segundo tipo de ficción distópica consiste de extrapolaciones de tendencias que ya se observan en el mundo contemporáneo, y el objeto es de servir como advertencia sobre las posibles consecuencias si estas tendencias no se llegan a controlar. El crecimiento acelerado de la población es un tema recurrente en la literatura distópica del siglo XX. El agotamiento de ciertos recursos naturales es otro temor que también se expresa de este modo. En *Le camp des saints* (El campamento de los santos, 1973), de Jean Raspail, la preocupación por el tema demográfico se plantea en términos de masivas migraciones del Tercer Mundo hacia Europa, lo que conlleva el inevitable choque de culturas y la destrucción de la cultura occidental. (El título de la novela es una referencia al “campamento de los santos” que se menciona en Apocalipsis 20:9.) Aunque expresa sentimientos racistas y contiene muchos elementos que ahora se consideran “políticamente incorrectos”, esta novela no deja de ser una notable anticipación de un fenómeno que hoy en día, cuatro décadas después (y con perdón del *cliché*), constituye una crisis social de “palpitante actualidad”.

* * *

Dos novelas distópicas ocupan un lugar destacado en la literatura del siglo XX, tanto por su valor literario como por la repercusión social que tuvieron. *Brave New World* (Un mundo feliz), de Aldous Huxley, y *1984*, de George Orwell, describen sociedades donde el Estado controla férreamente todos los aspectos de la vida cotidiana y donde la tecnología se usa, no para bien del ciudadano, sino como instrumento de control. En la novela de Huxley, el Estado controla a los ciudadanos a través del suministro de una droga (*soma*) que los vuelve sumisos y dependientes. (La traducción al español del título, si bien no es literal, es, no obstante, muy correcta y apropiada: los habitantes de este mundo son felices, pero es una felicidad artificial, deshu-

manizada y carente de amor o de aprecio por los demás.) En *1984*, el mundo es dominado por el Gran Hermano, un líder todopoderoso que dirige un gobierno mucho más despótico y maligno. Aquí también el Estado controla a sus ciudadanos por medio de la tecnología (en este caso, unas omnipresentes televisiones que transmiten en ambas direcciones).

Huxley comentó una vez sobre las diferencias entre *Brave New World* y *1984* en una carta personal:

“La filosofía de la minoría gobernante en *1984* es un sadismo que ha sido llevado a su lógica conclusión... Pero [me] parece dudoso que la política de la bota-en-la-cara pueda continuar indefinidamente. Mi propia convicción es que la oligarquía gobernante encontrará formas menos arduas y más eficientes de gobernar y satisfacer su ansia de poder, y estas formas se parecerán a las que yo describí en *Brave New World*... En el curso de una generación creo que los gobernantes del mundo descubrirán que el condicionamiento infantil y la narco-hipnosis son más eficientes, como instrumentos de gobierno, que los garrotes y las prisiones, y que el deseo de poder puede ser completamente satisfecho por medio de la sugestión, logrando que la gente ame su servidumbre y obedezca sin necesidad de azotes y puntapiés. En otras palabras, pienso que la pesadilla de *1984* está destinada a convertirse en la pesadilla de un mundo que se parece más al que yo imaginé en *Brave New World*” (carta a George Orwell, 21 de octubre, 1949)¹⁰.

No sabemos cómo hubiera respondido Orwell a este comentario, porque murió tres meses después de la fecha de esta carta, pero sí sabemos que algunos años antes había expresado sus propias reservas sobre la novela de Huxley, en una reseña publicada en 1940:

“En la novela *Brave New World*, de Aldous Huxley, ... el principio hedonista es llevado a su extremo, todo el mundo se ha conver-

¹⁰ A los aficionados a las anécdotas literarias, sin duda, les interesará saber que Aldous Huxley fue maestro de francés de Orwell, cuando éste fue alumno del colegio Eton (y aún se llamaba Eric Blair).

tido en un hotel de la Riviera. Pero aunque *Brave New World* fue una brillante caricatura del presente [el presente de 1930], probablemente no arroja luz sobre el futuro. Ninguna sociedad de ese tipo duraría más de un par de generaciones, porque una clase gobernante que pensara principalmente en términos de ‘pasar un buen rato’ pronto perdería su vitalidad. Una clase gobernante debe tener una moralidad estricta, una cuasi-religiosa creencia en sí misma, una mística” («Prophecies of Fascism», en *The Collected Essays, Journalism and Letters of George Orwell*, vol. 2).

Ambos autores pensaban que sus predicciones distópicas eran inminentes, y en este sentido ambos se equivocaron, aunque posiblemente Huxley haya errado más que Orwell. A más de seis décadas de su comentario epistolar, no hay ninguna señal de que nos estemos acercando siquiera a un despotismo benevolente como el *Brave New World*. Por otro lado, aunque hoy en día tampoco hay tiranías tan absolutas como la del Gran Hermano, en el siglo XX sí hubo muchos casos de regímenes totalitarios sumamente crueles, y sigue habiendo muchos regímenes que exhiben algunas de las características descritas en *1984*. Es más, aunque el mundo no parece estar moviéndose en la dirección prevista por Huxley, sí hay señas preocupantes de que los gobiernos contemporáneos se están volviendo cada vez más “orwellianos”.

* * *

Ningún escritor narrativo del siglo XX contribuyó tanto como George Orwell al lenguaje político, empezando por el uso de su propio nombre: “orwelliano” es ahora un término usado (y comprendido) incluso por personas que nunca han leído a Orwell. En el lenguaje moderno es un adjetivo que denota una política de control draconiano por parte de gobiernos represivos, mediante el uso de vigilancia, propaganda, manipulación del pasado, negación de la verdad y desinformación.

El personaje central de *1984* es un funcionario de baja jerarquía en el Ministerio de la Verdad. Su trabajo consiste en alterar los docu-

mentos históricos a fin de que estos coincidan en todo momento con la versión más reciente de la “verdad” oficial, la cual se define siempre en función de las necesidades del Estado y de acuerdo a los dictados infalibles del Partido. En el Ministerio de la Verdad también se alteran fotografías y los archivos públicos se reescriben para borrar referencias a personas que el Partido ha decidido eliminar de la historia.

La “verdad” en este mundo es un concepto maleable, y cuando cambia la verdad oficial —lo que sucede con mucha frecuencia— los ciudadanos están mentalmente entrenados para cambiar de inmediato sus convicciones y creencias, sin cuestionar nunca los pronunciamientos oficiales, ya que en este mundo la noción de una verdad objetiva es un concepto incomprensible. La permanente transformación del pasado hace que la mentira se vuelva absolutamente necesaria, y la “realidad” no es lo que *realmente* sucede, sino lo que el Partido *dice* que sucede.

Aunque el mundo de *1984* es ficticio, esta descripción de un gobierno basado en la mentira institucionalizada es simplemente una versión, muy exagerada, de tendencias reales que Orwell había observado y explicado por escrito desde mucho antes. En su novela, Orwell extrapoló estas tendencias hasta llegar a sus lógicas consecuencias, y el resultado es el mundo descrito en *1984*, un mundo en el que la clase gobernante controla no solo el presente, sino también *el pasado*.

Hacia el final de su vida, la relación entre lenguaje y política llegó a ser una preocupación central para Orwell. Según él, las tendencias políticas de su tiempo estaban teniendo una influencia negativa sobre el lenguaje, especialmente sobre el lenguaje escrito, lo cual a su vez empobrecía la calidad de la discusión pública, reforzando la tendencia hacia el totalitarismo político. Estas ideas las articuló en un ensayo titulado «Politics and the English Language» (1946), donde argumentó que el lenguaje político tiene un efecto corruptor sobre el lenguaje cotidiano, ya que el discurso político incorpora la hipocresía y el cinismo casi por definición: el lenguaje político tiene como propósito “hacer que las mentiras parezcan verdades y el asesinato respetable, y darle aspecto de solidez a lo

que solo es viento”. Puesto que la intención no es expresar la verdad sino ocultarla, el lenguaje utilizado es necesariamente vago y carente de contenido específico. La falta de sinceridad se auto-perpetúa y la claridad del lenguaje va declinando a medida que quienes escriben políticamente se acostumbran a ocultar sus intenciones detrás de eufemismos y frases rebuscadas.

Esta verborrea, con abundancia de neologismos, abreviaciones y acrónimos, es una característica del lenguaje burocrático, pero también del lenguaje político-partidario, ya que la política partidaria requiere el apego a ciertas ortodoxias y “la ortodoxia, sea del color que sea, parece exigir un estilo inerte, puramente imitativo”. El problema es que este lenguaje es contagioso, y según Orwell ya había “infectado” incluso a quienes no tienen intenciones de mentir o de ocultar la verdad. La decadencia del lenguaje político ya había afectado el lenguaje cotidiano, y ahora es más fácil, argumentaba Orwell, pensar en mal inglés (y en mal castellano también, podemos agregar) porque el lenguaje ha decaído, y la decadencia del lenguaje hace que sea más fácil tener pensamientos “tontos”, lo que retro-alimenta el proceso: “Un hombre puede darse a la bebida porque se considera un fracasado, y entonces fracasar aún más porque se dio a la bebida. Algo semejante ocurre con la lengua inglesa. Se vuelve fea e inexacta porque nuestros pensamientos rayan en la estupidez, pero el desaliño de nuestro lenguaje nos facilita tener pensamientos estúpidos”. Para Orwell, la manipulación lingüística causa confusión mental y empobrece el debate político.

En 1984 estas preocupaciones toman un giro de pesadilla. A fin de afianzar su control sobre la población, los dirigentes del Partido deciden crear la “neolengua” (*Newspeak*), un idioma deliberadamente diseñado para impedir cualquier forma de pensamiento independiente. El apéndice sobre «Los principios de neolengua» explica la teoría que fundamenta las prácticas descritas por Orwell en la parte narrativa de la novela. La intención de los diseñadores de la nueva lengua no solo es proporcionar un medio para expresar la correcta forma de pensar sino también (y más que todo) “imposibilitar otras formas de pensamiento”. Para lograr esto, había que introducir nuevas palabras, y desligar de

las palabras viejas cualquier significado que no fuera el deseado por el Partido¹¹.

La *eliminación* de palabras era también parte importante de este proyecto: “Aparte de la supresión de palabras definitivamente heréticas, la reducción del vocabulario se consideraba como un objetivo deseable por sí mismo, y no sobrevivía ninguna palabra de la que se pudiera prescindir. La finalidad de la neolengua no era aumentar sino disminuir el ámbito del pensamiento, objetivo que podía conseguirse reduciendo el número de palabras al mínimo indispensable”. Con el tiempo, la expresión de opiniones heterodoxas sería imposible. Tales expresiones serían gramaticalmente correctas, pero carecerían de sentido, y no podrían ser explicadas por medio de un argumento racional, ya que los promotores de tales opiniones no dispondrían de las palabras necesarias. Una vez desaparecida la vieja lengua, quedaría disuelto el último tenue vínculo con el pasado.

* * *

La pesadilla orwelliana de un mundo entero sometido al totalitarismo nunca se llegó a materializar, aunque la paranoia anti-totalitaria que exhibe Orwell en su novela no era nada irrazonable en la época que le tocó vivir. En ese tiempo, la amenaza totalitaria era algo muy real, y se proponía seriamente el totalitarismo como una “solución” para los males que aquejaban a las democracias liberales. Solo hay que recordar la famosa frase de Benito Mussolini: “Todo dentro del Estado, nada fuera del Estado, nada contra el Estado”.

Nosotros sabemos que estos regímenes no perduraron, pero Orwell solo conoció la primera mitad del siglo XX. O sea, lo que conoció en su corta vida (murió a los 46 años de edad) fueron dos guerras mundiales con una gran

11 La idea de que el desorden lingüístico conduce al desorden social es una noción muy antigua que se remonta por lo menos hasta la época de Confucio. Este pensador chino y sus discípulos insistían en que el remedio para los desórdenes de su tiempo debía encontrarse en la “rectificación de las palabras”, y para garantizar el buen gobierno, cada cosa debía identificarse por su verdadero nombre. El uso incorrecto de las palabras, en cambio, era un pecado semántico con graves consecuencias sociales.

depresión mundial intercalada. Nada extraño entonces que su cosmovisión haya sido de un pesimismo extremo.

Aunque los totalitarismos reales del siglo XX nunca llegaron a ser tan “totales” como el de 1984, sí fueron muy crueles mientras duraron, y exhibieron muchas de las características que Orwell pintó en su novela. (De hecho, en los países comunistas era muy común que los súbditos de esas tiranías expresaran asombro ante la notable intuición psicológica de Orwell sobre la vida cotidiana en esos países.) El Gran Hermano también tuvo muchos “hermanos menores”, y aún persisten gobiernos totalitarios con características orwellianas¹². La gran mayoría de los gobiernos totalitarios son o han sido tiranías de izquierda, y los ideólogos de derecha tienden a suponer que solo los izquierdistas son culpables de este tipo de fechorías. Pero la verdad es que el mensaje de Orwell es meta-ideológico, y sus percepciones sobre la naturaleza del poder político se aplican a cualquier tipo de gobierno, independientemente de su orientación política.

Durante la Guerra Fría, por ejemplo, Estados Unidos se oponía a los totalitarismos de izquierda, proyectándose como la potencia líder del llamado “mundo libre”, el cual presumiblemente incluía a países sometidos a gobiernos tiránicos como el de Nicaragua bajo los Somoza (padre e hijo) y la República Dominicana bajo Rafael Trujillo. Solo una aplicación del “doble-pensar” orwelliano permitía calificar a estos infortunados pueblos como “países libres”, pero sus gobernantes eran firmes aliados de Estados Unidos, y por esto mismo recibían el apoyo del gobierno estadounidense. En el caso de Anastasio Somoza (padre), el doble-discurso

12 El caso más notorio es el de Corea del Norte, donde la dinastía Kim ha establecido una monarquía hereditaria parapetada con la fachada de una ideología marxista muy ortodoxa, con un omnipresente culto a la personalidad del líder y un férreo y absoluto control de la información y los medios de comunicación. Los tiranos tradicionales (i.e., no-totalitarios) muchas veces tratan de pasar el poder de padres a hijos, pero estos intentos por lo general no son muy exitosos y rara vez duran más de dos generaciones. La dinastía Kim ya va por su tercera generación. Por otro lado, aunque el régimen norcoreano es un fastidio permanente para sus vecinos, su sistema político definitivamente no es exportable, y es poco probable que presenciemos una expansión del mismo más allá de sus fronteras.

de la política estadounidense se reflejaba en una famosa expresión atribuida a un presidente de Estados Unidos: “Sabemos que es un hijo de perra, pero es *nuestro* hijo de perra”¹³.

Todos los gobiernos practican la *realpolitik*, y al hacer estas comparaciones no estamos insinuando que en la Guerra Fría los gobiernos de la Unión Soviética y de Estados Unidos eran de alguna manera moralmente equivalentes. Pero tampoco hay que suponer que las tácticas orwellianas dejan de ser criticables solo porque emplea un gobierno con la ideología “correcta”.

Aunque nadie podría afirmar seriamente que Estados Unidos tiene actualmente un gobierno totalitario —o incluso que podría llegar a tenerlo en un futuro cercano— existen señales muy claras de que el gobierno estadounidense se ha estado volviendo más y más “orwelliano” en años recientes. Esto se notó especialmente durante el gobierno de George W. Bush y en la serie de medidas adoptadas como respuesta a los ataques terroristas del 9/11. La manera como se usó la desinformación para justificar la invasión de Iraq parece salida del Ministerio de la Verdad, y el lenguaje oficial utilizado durante el manejo de la ocupación militar de ese país tenía muchas de las características de la “neolengua” orwelliana (“OCUPACIÓN = LIBERACIÓN”). El gobierno estadounidense llegó a legalizar la tortura como política oficial bajo el eufemismo cuasi-orwelliano de “técnicas de interrogación robustas” (*enhanced interrogation techniques*). Estas acciones se justificaron apelando a consideraciones de seguridad nacional, pero muchos

13 El caso de Trujillo es interesante porque es uno de los pocos casos históricos de un gobierno no-izquierdista con características totalitarias. Las típicas dictaduras latinoamericanas restringieron las libertades políticas, y en muchos casos cometieron atrocidades, pero generalmente los alcances de sus intromisiones en la vida societaria no sobrepasaban el ámbito de lo estrictamente político, y tampoco existía en estos regímenes un generalizado culto a la personalidad del jefe de Estado. En el caso de Trujillo, en cambio, el culto a la personalidad del “Benefactor de la Patria” rayaba en lo absurdo, llegando al extremo de rebautizar la capital, Santo Domingo, con el nombre de “Ciudad Trujillo”. La megalomanía del Gran Líder alcanzaba grados patológicos, al igual que el servilismo de la élite que lo rodeaba, y el partido trujillista tenía influencia sobre todo aspecto de la vida cotidiana. Trujillo era un Gran Hermano “tropicalizado”, y el grado de control que tenía en su país era en todo sentido comparable al de Fidel Castro en Cuba.

analistas y observadores piensan que todo esto tuvo un efecto muy negativo sobre el sistema político estadounidense. El carácter orwelliano de la administración Bush se revela de cuerpo entero en el siguiente comentario del periodista Ron Suskind, quien relató una entrevista que sostuvo con un importante asesor de Bush:

“El asesor me dijo que las gentes como yo ‘viven en lo que nosotros llamamos el mundo de la realidad’, que somos personas que ‘todavía creen que las soluciones emergen del estudio cuidadoso de la realidad discernible’ [...]. ‘El mundo ya no funciona así’, continuó diciendo. ‘Ahora somos un imperio, y cuando actuamos, creamos nuestra propia realidad. Y mientras ustedes estudian esa realidad [...] nosotros actuaremos de nuevo, creando otras, nuevas realidades, que ustedes podrán estudiar también, y así es como serán las cosas. Nosotros somos los actores de la historia [...] y ustedes, todos ustedes, se quedarán estudiando lo que nosotros hacemos’ [...]” («Without a Doubt: Faith, Certainty and the Presidency of George W. Bush», *The New York Times Magazine*, 17 de octubre, 2004).

(Después se reveló que el asesor aludido era nada menos que Karl Rove, el gran artífice de las victorias electorales de George Bush, y maestro de la técnica de relaciones públicas conocida como *spin control*.)

Por último, y por si todo esto no fuera suficientemente preocupante, Edward Snowden, excontratista de los servicios de inteligencia estadounidenses (y ahora refugiado en Rusia), reveló al mundo la existencia de un inmenso programa de espionaje y vigilancia electrónica de proporciones tan vastas que supera cualquier cosa que Orwell hubiera podido imaginar.

* * *

La distopía maligna que pintó Orwell en su novela es una ficción, pero muchas de las tendencias que le preocupaban son, no obstante, muy reales. El mundo se está volviendo cada vez más “orwelliano” y los mecanismos de control y

vigilancia que describió en 1984 ahora forman parte de nuestro diario acontecer.

Hoy en día la expresión “el Gran Hermano te vigila” ya no es una mera metáfora literaria sino una realidad palpable. La verdadera sorpresa es que el Gran Hermano resultó ser el Tío Sam.

